

La calle
Diario de un espectador
El primer beso
por miguel ángel granados chapa

para el viernes 8 de febrero de 2008

Finalizamos ahora la reproducción de pasajes cruciales de la novela de Gabriel García Márquez, El amor en los tiempos del cólera, a que nos llevó el haber visto la película de Mike Newell. Aunque tienen el mismo título y el mismo asunto, el amor largamente postergado de Fermina Daza y Florentino Ariza, se trata de creaciones culturales que no pueden ni deben ser comparadas. Hemos subrayado la ventaja de la escritura sobre la organización filmica y terminamos mostrando el preámbulo del encuentro final entre los amantes viejos, su demorado primer beso. Ayer quedamos en que, viajeros en un buque de río propiedad de la empresa que el azar puso en sus manos. Vencida en su interior su reticencia, Fermina Daza deseaba que Florentino Ariza supiera como abordarla de nuevo después de un leve, sutil rechazo inicial:

“Lo supo. Fermina Daza dio instrucciones al camarero de que la dejara dormir a su gusto y cuando despertó había en la mesa de noche un florero con una rosa blanca, fresca, todavía sudada de rocío, y con ella una carta de Florentino Ariza con tantos pliegos como alcanzó a escribir desde que se separó de ella. Era una carta tranquila, que no trataba más que de expresar el estado de ánimo que lo embargaba desde la noche anterior, tan lírica como las otras, tan retórica como todas, pero estaba sustentada por la realidad. Fermina Daza la leyó con una cierta vergüenza consigo misma por los galopes descarados de su corazón. Terminaba con el pedido de que le avisara al camarero cuando estuviera lista, pues el capitán los esperaba en el puente de mando para mostrarles el funcionamiento del buque”

Horas después, ya a solas, “ella buscó su mano en la oscuridad, y no la encontró esperándola como ella había esperado la suya la noche anterior, sino que lo tomó de sorpresa. A Florentino Ariza se le heló el corazón.

--Qué raras son las mujeres, --dijo.

Ella soltó una risa profunda, de paloma joven, y volvió a pensar en los ancianos del bote. Estaba escrito: aquella imagen había de perseguirla siempre, pero esa noche podía soportarla porque se sentía tranquila y bien, como pocas veces en la vida, limpia de toda culpa. Se hubiera quedado así hasta el amanecer, callada, con la mano de él sudando hielo en su mano, pero no supo soportar el tormento del oído. De modo que cuando se apagó la música y luego cesó el trajín de los pasajeros del compón colgando las hamacas en el salón, ella comprendió que su dolor era más fuerte que su deseo de estar con él. Sabía que el solo decírselo a él iba a aliviarla, pero no lo hizo para no preocuparlo. Pues entonces tenía la impresión de conocerlo, como si hubiera vivido con él toda la vida, y lo creía capaz de dar la orden para que el buque regresara al puerto si eso pudiera quitarle el dolor.

Florentino Ariza había previsto que esa noche las cosas ocurrieran así, y se retiró. Ya en la puerta del camarote trató de despedirse con un beso, pero ella le puso la mejilla izquierda. Él insistió, ya con la respiración entrecortada, y ella le ofreció la otra mejilla con una coquetería que él no le había conocido de colegiala. Entonces insistió por segunda vez, y ella lo recibió en los labios, lo recibió con un temblor profundo que trató de sofocar con una risa olvidada desde su noche de bodas:

--¡Dios mío --dijo-- qué loca soy en los buques!

Florentino Ariza se estremeció: en efecto, como ella misma le había dicho, tenía el olor agrio de la edad. Sin embargo, mientras caminaba hacia su camarote, abriéndose paso entre el laberinto de hamacas dormidas, se consolaba con la idea de que él debía tener el mismo olor, sólo que cuatro años más viejo, y que ella debió haberlo sentido con la misma emoción. Era el olor de los fermentos humanos, que él había percibido en sus amantes más antiguas”.